

Llena tu casa de gallinas

Una mañana, en la zona rural de la India, después de haber ordeñado las vacas, Sumati se acomodó en su catre con una humeante taza de *chai*, lista para unos minutos de tranquila reflexión antes del largo día de trabajo en la granja que tenía por delante. Miró por la ventana, más allá del establo de las vacas, hacia las hileras de trigo que crecían a lo lejos. La neblina se levantaba de los tallos verdes y el sol apenas empezaba a adornar el horizonte con su majestuosa presencia, iluminando las puntas rojo fuego de las plantas de amaranto. El esposo de Sumati estaba en el patio trasero atendiendo a las gallinas, y Sumati sintió una profunda sensación de gratitud por este momento de serenidad, un tiempo para ella para...

¡CRIIC! PUM-PUM-PUM... Una puerta de la habitación se abrió con un chirrido y se oyeron unas fuertes pisadas en su dirección.

Sumati escuchó las palabras: — ¡Buenos días! — Sandhya, la prima de su esposo, estaba entrando en la habitación. Sandhya había ido a vivir con ellos para aprender el funcionamiento de la granja. Su visita, que supuestamente sería de unas pocas semanas, se había prolongado por varios meses, y no parecía tener intenciones de marcharse pronto. Antes de que Sumati pudiera responder, Sandhya añadió, — Ese *chai* se ve perfecto, ¡permíteme tomar una taza contigo! — Su prima tomó una taza de la cocina, golpeteando los trastos a su paso.

Mientras Sandhya se acomodaba en el catre, Sumati sonrió con resignación y volteó hacia la ventana, mostrando claramente su deseo de estar sola.

Sin embargo, Sandhya era totalmente ajena a ello. Por el contrario, se lanzó a describir un sueño que acababa de tener. Sumati ya no podía recordar por qué se había sentido tan agradecida hacía apenas unos momentos; ese sentimiento era ahora un recuerdo lejano. Un nuevo sentimiento la embargaba: el resentimiento.

En cuanto terminó su *chai*, Sumati decidió buscar ayuda. Pensó en visitar a una sabia llamada Gayatri amma que vivía en una granja vecina. Sumati solía recurrir a Gayatri amma en busca de consejos sobre la granja, pero su sabiduría iba mucho más allá del conocimiento sobre la tierra. De hecho, Gayatri amma estaba llena de devoción por el Señor, y los aldeanos a menudo la visitaban para escuchar sus experiencias cotidianas de Dios.

Sumati cruzó los campos de trigo rebosantes de hierba hasta la granja de Gayatri amma y la encontró en la veranda, sentada en el suelo de tierra recién barrido.

Gayatri amma alzó la vista y dijo: —¡Sumati, qué agradable sorpresa! ¡Y tan temprano en la mañana! ¿Qué te trae por aquí?”

—Ya no puedo más, —dijo Sumati, —amo a mi esposo, pero... —hizo una pausa antes de añadir, —¡Su prima! Ocupa tanto espacio en la casa. ¡Siento que siempre está en mi camino, siempre molestándome! ¿Qué voy a hacer?

Gayatri amma asimiló sus palabras, luego arqueó una ceja con un brillo travieso en los ojos.

—¿Tienes gallinas?, —le preguntó a Sumati, sabiendo muy bien la respuesta.

—Si, claro.

—Llena tu casa con todas las gallinas que tengas.

Sumati pensó que aquello sonaba un poco raro, sin embargo, confiaba en Gayatri amma y en realidad no sabía qué otra cosa hacer. Le dio las gracias a su vecina, y regresó directamente al gallinero donde su esposo estaba recogiendo los huevos y poniéndolos en una canasta.

—Naresh, —le dijo Sumati, —Tengo que meter a todas las gallinas en la casa.

—Él le dirigió una mirada inquisitiva, pero antes de que pudiera procesar que iba en serio, su esposa empezó a recoger del corral a las gallinas entre graznidos y las metió en la casa.

A la mañana siguiente, mientras Sumati se sentaba en su catre con su *chai*, se le acercaron varias gallinas. Escuchó un *COOO-CO-CO-CÓ* y dio un salto al sentir un doloroso *pic-pic-pic* en la pierna.

Luego oyó de nuevo el familiar *¡CRIIIC! PUM-PUM-PUM* de la prima de su esposo. Antes de que Sandhya pudiera decir buenos días, Sumati salió por la puerta, dirigiéndose hacia la casa de Gayatri amma.

Gayatri amma abrió la puerta, —¡Buenos días! ¿Problema resuelto?

—¡No, está peor! ¡Cuando me senté a saborear mi *chai* buscando un momento de soledad, fui interrumpida por gallinas graznando y picoteándome las piernas!

Gayatri amma sonrió. —¿Tienes cabras?

—Sí.

—Junta todas las cabras que tengas y mételas en tu casa.

Sumati no alcanzaba a imaginar cómo podría esto mejorar su situación, pero Gayatri amma parecía muy segura. Así que Sumati fue al pastizal y condujo a todas las cabras hasta su salón, donde las gallinas picoteaban la alfombra.

A la mañana siguiente, antes de que Sumati pudiera siquiera levantarse de la cama, se despertó con un fuerte *BEEEEEE- BEEEEEE-BEEEEEE...* ¡Eran las cabras! Mordisquearon su *salvar* y sus pantalones, mientras se abría paso hacia la cocina. Al preparar su *chai*, escuchó *COOOO-CO-CO-CÓ*, sintió un *pic- pic-pic* en las piernas, y luego escuchó un *¡CRIIIC! PUM-PUM-PUM....*

Sintiéndose a punto de explotar, salió corriendo por la puerta y fue a través del campo hacia la casa de Gayatri amma.

Gayatri amma de nuevo la saludó diciendo: — ¿Problema resuelto?

— ¡No! Está empeorando aún más. ¡Apenas hay espacio para mí en mi propia casa!

— ¡Ahhh! ¿Tienes perros?

Sumati se llevó las manos a la cabeza, sabiendo lo que estaba por venir, y asintió.

— Junta a todos los perros y llena tu casa con ellos.

Sumati hizo lo que le había dicho su amiga, aunque estaba empezando a cuestionar la sabiduría de Gayatri amma.

La mañana siguiente resultó ser la peor de todas. Una cacofonía irreconocible de picoteos, cacareos, balidos, ladridos y ¡CRIIIC! PUM-PUM-PUM llenó sus oídos y, peor aún, se sintió acorralada por todos los flancos. Apenas podía moverse entre todas las criaturas que habitaban en su casa.

Sumati se abrió camino entre las gallinas que picoteaban, las inquietas cabras, los perros que ladraban, y pasó junto a su omnipresente prima, dirigiéndose de nuevo hacia la casa de Gayatri amma.

Esta vez, cuando Gayatri amma abrió la puerta, Sumati la miró desesperada. — ¡Vine a ti por ayuda!, — dijo, — ¡pero las cosas solo han empeorado!

Gayatri amma mantuvo la calma y dijo con voz firme. — Escúchame Sumati. Ahora junta a todas las gallinas, todas las cabras y todos los perros... sácalos de la casa y cierra la puerta.

Sumati asintió y regresó a su casa. Abrió la puerta que da al exterior, y, uno por uno, los animales salieron felizmente al aire libre, encaminándose hacia su familiar granero.

Su esposo y su prima permanecieron sentados en el catre, sorbiendo su *chai* en silencio y masticando las galletitas del desayuno: *cronch-cronch -cronch*. Sumati se quedó de pie junto a la puerta observando a su familia y su casa casi vacía. ¡Había espacio, mucho espacio! A pesar de los suaves sonidos del desayuno en el comedor, la inundó una fresca oleada de silencio.

Tarareando una melodía, Sumati fue de nuevo andando a través del campo hacia la casa de Gayatri amma, sintiendo el cosquilleo de la brisa en su cara y el cálido sol sobre sus hombros.

Gayatri amma abrió la puerta y la miró inquisitiva.

Sumati sonrió y dijo: —¡Gracias! ¡Gracias! ¡GRACIAS! ¡Resolviste todos mis problemas!

